

[LETRAS AL MARGEN]

● EDUARDO ANTONIO PARRA

HÉCTOR MANJARREZ,

un cuentista con Historia

Siempre he tenido la sensación de que, con respecto a cómo encaran su obra, hay dos tipos de escritores: los inquietos que cambian de temática con cada libro nuevo y pretenden abarcar todos los asuntos a su alcance, olvidándose de los logros y descubrimientos realizados en búsquedas anteriores; y aquellos que vuelven una y otra vez a las obsesiones que los embargaron desde el principio, sumergiéndose en la conciencia de sus personajes hasta obtener una nueva luz sobre una problemática abordada –quizás años antes–, encontrando nuevos hallazgos en las mismas vetas. Los primeros buscan extender sus intereses; los segundos profundizar en ellos. Los primeros encuentran versatilidad en el abanico temático que recorren; los segundos la encuentran en las distintas perspectivas con las que contemplan sus obsesiones.

Aunque las dos posturas son igual de válidas y han dado excelentes productos literarios a lo largo del tiempo, en mi opinión los primeros serían a quienes cierta gente llama “escritores profesionales”, mientras que los segundos son, sin duda alguna, a quienes yo llamo “escritores artistas”.

¿Por qué “artistas”? Porque, a mi entender, un artista está siempre insatisfecho respecto a su obra, lo que lo hace obsesionarse con ella al grado de que siempre vuelve, sin repetirse, a sus postulados originales con el fin de observarlos desde otro punto de vista, de penetrar lo que en la primera incursión le resultó impenetrable, de recorrer un camino más o menos conocido con mayor experiencia, un bagaje diferente y herramientas distintas a las que poseía las primeras veces.

Estos pensamientos vinieron a mi mente al transitar las páginas de *Historia*, de Héctor Manjarrez, volumen que reúne cinco libros de relatos publicados entre 1967 y 2016, es decir, a lo largo de casi medio siglo de ejercicio del cuento. A medida que transitaba de un relato a otro, de un libro al siguiente, advertía que la voz –el estilo propio– apenas si había variado de una década a otra, que su manera de contemplar el mundo era prácticamente igual –aunque modificada por la madurez– y que sus obsesiones eran las mismas, a pesar de que todos los relatos que contiene el volumen son distintos, únicos e irrepetibles, y cada uno de ellos da cuenta, a través de los recursos, las técnicas y las diversas emociones y reflexiones, del momento en que fueron escritos en la vida del autor.

El tema de las relaciones amorosas, por ejemplo, es constante en las páginas de Historia. En el primer libro del volumen, Acto propiciatorio, se advierte aún marcado por cierto desapego y la ironía furiosa de la juventud, como en el relato fantástico “Johnny”, donde un cowboy del lejano oeste sale de la pantalla de la televisión para integrarse a una familia de clase media mexicana en los años cincuenta y enamorar a la hija de quienes lo acogieron en su hogar. Y en “The Queen” y “Dulcinea” vemos cómo el amor es una búsqueda permanente que a veces se resuelve por medio del azar, de los encuentros fortuitos, de los enredos cómicos que anuncian la caducidad de las relaciones de pareja.

En el segundo libro de la recopilación, No todos los hombres son románticos, las relaciones amorosas se convierten en algo más serio. Sin abandonar la ironía y el humor con los que son observadas, pueden encarnar la nostalgia de un romance de juventud, como en “Historia”, o el dolor desesperado de un hombre a quien recién abandonó su pareja y que lo hace analizar todas las facetas de una relación, como en ese cuento maestro titulado “Amor”, o se convierten en puras relaciones carnales, como en “Cuerpos”.

Conforme el lector avanza en las páginas de Historia, se topa con piezas donde lo amoroso y lo erótico toman la batuta. Relaciones con prostitutas capaces de dejar en la memoria de los narradores

un recuerdo tierno e imborrable; amores puestos a prueba en una comuna donde nadie es dueño de nadie y todos pueden emparejarse con todos; romances juveniles que florecen en países remotos como la antigua Yugoslavia, o Gran Bretaña, o Francia, o los Estados Unidos, o las calles de la Ciudad de México; pasiones triangulares donde la desaparición de uno de los miembros destruye el vínculo; amores desesperados que hacen todo lo posible por seguir siendo amores y no fracasar, o amores extintos que regresan del pasado con propuestas nuevas para volver a ser amores. En fin, tras recorrer las páginas de Historia, el lector se da cuenta de que Héctor Manjarrez ha observado, vivido, gozado, sufrido y analizado el amor a lo largo de más de cinco décadas, y de que el fruto de esos sufrimientos, reflexiones, gozos y vivencias desembocó en un puñado de narraciones entrañables, divertidas y hasta crueles como las expuestas en estas páginas.

Pero Manjarrez no solo escribe acerca del amor. Entre los temas de sus relatos hay otros a los que también vuelve una y otra vez, ya sea porque forman parte de sus obsesiones o porque pertenecen al ámbito de las vivencias, o debido a las dos cosas. Entre ellos está el viaje, o más que el viaje en sí, habitar mundos ajenos y tratar de adaptarse a ellos para hacer llevadera la vida. Sus experiencias en la antigua Yugoslavia, en Londres, en París o en Estados Unidos –a las que también ha dedicado novelas–, son parte esencial de su cuentística, tanto en

las piezas que tienen que ver con lo amoroso como en las que no, lo que le otorga a Historia un encantador aire de cosmopolitismo. Los personajes de Manjarrez viajan por Europa, pero también recorren Centroamérica y el Caribe, como en “Nicaragua”, de No todos los hombres son románticos y “Una pura y dura”, de Anoche dormí en la montaña, en el que un periodista mexicano vive la experiencia de la revolución triunfante en Nicaragua, o en “Florencia en La Habana”, del mismo libro, donde una mexicana sostiene un flirteo con el mismísimo Fidel Castro, pero termina yéndose a la cama con un miembro de la escolta personal del Comandante. Y, por último, los personajes de Manjarrez también recorren México y varios de sus lugares ignotos, como en esa serie de seis relatos –casi una novela breve– incluidos en Anoche dormí en la montaña, donde la protagonista, Concha, una antropóloga mexicana, realiza un repaso de su existencia bajo la influencia del peyote durante la Semana Santa de los huicholes.

El amor y los viajes. El sexo y el erotismo. Y otro gran tema que se desprende de las páginas de Historia es, por supuesto, la mujer. No solo la mujer como fuente de dichas y desdichas a causa del amor o del sexo, sino la mujer a secas. Los personajes femeninos de Héctor Manjarrez son redondos y en sus trazos se advierte no solo el conocimiento que muestra sobre ellos, sino asimismo la simpatía. Los narradores de estas historias sufren y gozan a causa

de las mujeres, sí, pero también simpatizan con sus luchas, son solidarios con ellas, las apoyan. Se trata de hombres feministas pioneros que contemplan a las mujeres como amigos y establecen sólidos lazos fraternales con ellas.

Y, por supuesto, otro gran tema, en parte derivado de este, es el de la amistad. La amistad, que a veces duele como el amor cuando se termina, así no nos quede claro cómo se fue extinguiendo. Por medio de diferentes narradores, el autor traza y configura retratos memorables de quienes, puede suponerse, fueron sus grandes amigos en las distintas etapas de su vida. En los cuentos donde se aborda la amistad, encontramos verdadero calor humano y complicidad, como en “Luna”, de No todos los hombres son románticos, o en “Política”, del mismo libro, donde nos damos cuenta de que, como el amor, la amistad es capaz de desgastarse por causas ajenas a la relación. O si no duele, se vuelve nostalgia, como en la reflexión de Concha, en “Una carta de amor”, de Anoche dormí en la montaña, donde ella se pregunta:

¿Cómo le hace uno para ir cambiando de pieles que son precisamente las pieles de los amigos que nos dieron fuerte identidad como profesionista, como joven adulto, como pareja, como grupo? Es cierto que de las parejas de aquellos años solo sobreviven una o dos –y aun así habría que hacer un censo–, pero ¿cómo y por qué nos fuimos alejando los individuos? Ninguno

LOS RELATOS DE HÉCTOR MANJARREZ NOS MUESTRAN A UN ESCRITOR CON OBSESIONES BIEN DEFINIDAS, A LAS QUE HA REGRESADO A LO LARGO DE LOS AÑOS CON ESA INSATISFACCIÓN DE QUIEN SABE QUE NO HA AGOTADO EL TEMA

de mis amigos y amigas de entonces lo es todavía. Ninguno. Ni siquiera sé, de la mayoría, dónde y con quién viven, qué hacen y dónde, etcétera. Da vértigo haber dejado en el olvido a gente que quisimos y nos quiso tanto y que tampoco piensa en nosotros, sobre todo en una ciudad que se precia de hacer una religión de la amistad. ¿Qué nos sucedió?

Finalmente, otro de los grandes temas de Héctor Manjarrez, que aparece aquí y allá en los primeros cuatro libros pero cristaliza por completo en el quinto, titulado Los niños deben estar locos, es el de la infancia. Al contemplar a los infantes, y al echar la vista atrás para recordar la propia niñez, la mirada del autor se vuelve al mismo tiempo más tierna y chispeante, aunque no menos analítica. Los niños que desfilan por estas páginas son narrados con el mismo rigor que los adultos, mas como por lo regular su universo es más alegre, el estilo por fuerza cambia un poco. En este último libro de Historia, a través de un punto de vista infantil, o adulto permeado por la presencia de los niños, Manjarrez enfoca los diferentes rituales de

iniciación hacia la vida adulta, los descubrimientos a edad temprana –por ejemplo, del erotismo y el sexo–, el aprendizaje que hay que adquirir en la vida, las primeras salidas al mundo, las ansias de heroísmo o santidad que todos tuvimos, las relaciones hijo-padres, padres-hijo y, por supuesto, la hipocresía y la amnesia de la vida adulta que nos hicieron perder ese encanto de los primeros años.

Faltaría enumerar, en los cuentos de Manjarrez, las miradas sobre el devenir político de México y América Latina, la inclinación de los personajes hacia las artes, las incursiones en ámbitos del otro mundo, el enfrentamiento con la otredad, la memoria que modifica los recuerdos, el olvido, la búsqueda de la felicidad, y otras más. Pero con los temas aquí señalados, que aparecen una y otra vez en las páginas de Historia, se puede decir que los relatos de Héctor Manjarrez nos muestran a un escritor con obsesiones bien definidas, a las que ha regresado a lo largo de los años con esa insatisfacción de quien sabe que no ha agotado el tema, ni lo agotará, y que no le queda más remedio que seguir en busca de la obra maestra, como un verdadero artista de la palabra. 